

Gabriela Lobato Ramos

Explica las relaciones entre arte contemporáneo y neoliberalismo

El arte contemporáneo es, como menciona Hito Steyerl (2018), gracias al capitalismo neoliberal. El cual, es un proyecto político-social que llevó a cabo la clase capitalista corporativa a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, que establece una estructura social para el arte constituida a partir de las dinámicas de intercambio mundial entre agentes culturales, instituciones y artistas conformada desde las condiciones impuestas por la globalización. Condiciones en su mayoría desiguales y que privilegian a un grupo reducido que se encuentra en la cima de la pirámide capitalista.

Esto tiene como consecuencia la inclusión de nuevas figuras a la estructura del arte, que están estrechamente ligadas a los procesos económicos de producción y consumo, las cuales interfieren o definen otras vías de subsidio que ya no sólo está en manos del estado. La clase corporativa adquiere además un papel legitimador en donde el arte, como mercancía, adquiere un valor que radica en su inutilidad y su falta de función social.

Así, el neoliberalismo implicó una apertura en las formas de producir y exhibir arte que ya no se generan solamente desde el centro del primer mundo, como Estados Unidos o Europa, sino desde la reestructuración que conlleva el neoliberalismo al incluir al segundo y al tercer mundo en la construcción de lo contemporáneo, que permite una nueva multiplicidad de voces y centros. Lo cual para Terry Smith en el libro *¿Qué es el arte contemporáneo?*, alimenta una corriente dentro de las diversas formas hacer en la contemporaneidad. Esta corriente que menciona Smith, se caracteriza por el diálogo constante entre los valores locales, nacionales e internacionales, acompañado por una crítica a los efectos del capitalismo y la

globalización. Ya que, si bien es gracias a la globalización que la periferia puede acceder a estos circuitos y legitimarse, se da bajo estructuras de poder desiguales que implican desarrollos geográficos dispares con la ilusión de inclusión y libertad.

Esta paradoja es propia del arte contemporáneo, al constituirse desde la complejidad de la heterogeneidad tanto de agentes que lo componen como de prácticas, en donde ya no hay una disciplina hegemónica, sino diversos modos de hacer y ser que los artistas utilizan para generar un diálogo entre sus propias micro narrativas y la colectividad, tanto social como artística de la que forman parte.

Estas micro narrativas de diversidad formal encuentran, gracias a los efectos de la globalización, diversos canales para encausarse, tanto en espacios físicos como en espacios virtuales, posibilitando una práctica libre e independiente. Un arte autónomo, que se resiste a ser absorbido por las lógicas de la institución.

Un ejemplo de estos espacios físicos que escapan además de a la institución, al estado, son los puertos libres. Estableciéndose como lugares que de alguna forma también son un reflejo de las contradicciones del Estado neoliberal, que funcionan como espacios de acumulación de bienes y de acceso libre de impuestos a obras de arte. Se encuentran en zonas ambiguas en donde pareciera que las leyes se aplican dependiendo del grupo social-económico al que se pertenece o como Cuauhtémoc Medina afirma “de modo irresistible y aterrador, la sociedad capitalista contemporánea finalmente posee un arte que se alinea con la audiencia, las élites sociales que lo financian y con la industria académica que le sirve de compañero de ruta” (Medina, 2013, p. 6)

